



Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

**EDUCACIÓN Y EL CAMPO PSI: APORTES DEL
PSICOANÁLISIS AL DISCURSO PEDAGÓGICO**

Investigación Bibliográfica

Autora: **Lucia Mascioli**

Legajo: **M-5009/1**

Docente responsable: **Esp. Y Ps. María Eugenia**

Arroyo -2020-

“El gran interés de la pedagogía por el psicoanálisis descansa en una tesis que se ha vuelto evidente. Sólo puede ser educador quien es capaz de compenetrarse por empatía con el alma infantil, y nosotros los adultos no comprendemos a los niños porque hemos dejado de comprender nuestra propia infancia.”
(Freud;1913, p.191)

Agradecimientos

Deseo manifestar mis agradecimientos a quienes acompañaron y guiaron en este proceso de formación.

A la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario por alojarme y brindarme una formación ilimitada en el campo de la psicología.

A María Eugenia, quien me acompañó en el proceso de escritura de este Trabajo Integrador Final, brindándome sus conocimientos y su apoyo. Gracias por tu compromiso y dedicación.

A lo docentes del Espacio TIF, en especial a Miguel, quien con una gran dedicación y pasión guio el proceso de escritura de este trabajo.

A mi familia y amigas, por acompañarme y ser mi sostén desde el primer día, alentándome siempre a seguir. En especial, a mis padres por enseñarme el valor de la perseverancia. Gracias por ayudarme a crecer.

Índice

| | |
|--|----|
| Resumen y palabras claves..... | 4 |
| Presentación del problema..... | 5 |
| Objetivos..... | 6 |
| Objetivo general..... | 6 |
| Objetivo específicos..... | 6 |
| Introducción | 7 |
| I- La educación en su función normativizante y disciplinaria | 9 |
| La educación como institución disciplinaria | |
| El discurso pedagógico | |
| II- Las prácticas psi | 12 |
| El discurso médico | |
| El psicoanálisis como escucha singular | |
| III- Psicoanálisis y educación | 16 |
| Consideraciones finales | 18 |
| Referencias bibliográficas | 19 |

Resumen

El presente escrito consiste en una Investigación Bibliográfica que pretende rastrear los aportes que se pueden brindar desde el psicoanálisis al discurso pedagógico. Se parte de considerar a la educación como una institución propia de las sociedades disciplinarias, la cual cuenta con el discurso pedagógico como instrumento de subjetivación y de sujeción. Este discurso se concibe desde la perspectiva de Elsa Emmanuele que, junto con el discurso médico, se encuentra inserto en la trama de saber-poder-verdad descrita por Michael Foucault.

Por otra parte, se trabaja desde el marco teórico freudiano a fin de dar cuenta del psicoanálisis como práctica única, donde la escucha singular es la herramienta fundamental. En este sentido, se pretende indagar los aportes del psicoanálisis al discurso pedagógico con el fin de propiciar una nueva mirada para trabajar con la infancia.

Palabras Claves

Psicoanálisis- Instituciones educativas- Discurso pedagógico- Práctica clínica

Presentación del problema

La relación entre psicoanálisis y educación se torna compleja y polémica debido a múltiples aristas, entre ellas las divergencias que poseen para considerar al sujeto. La educación surge según un ideal de progreso, orden social, de disciplinamiento, donde se considera al sujeto como un alumno dócil, mientras que el psicoanálisis se presenta como el discurso que cuestiona la visión vigilante de las conductas del niño, así como también descentra radicalmente el psiquismo humano de la conciencia y de la conducta.

En este sentido, se considera a la educación en su función normativa y disciplinante, la cual está inserta dentro de la trama saber-poder-verdad expuesta por Michael Foucault quien entiende a la educación como “una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos, con los saberes y los poderes que implican” (1970, p. 37)

Así, la educación se presenta como una de las tantas instituciones que intervienen en el devenir constitutivo de la sujeción social humana, para lo cual se sirve de los discursos sociales, considerados estos como instrumentos de control propios de las sociedades disciplinarias. Entre estos, se encuentra el discurso pedagógico, propio de la institución educativa, el cual remite según Elsa Emmanuele “(...) a una compleja construcción histórico social, a procesos de producción de una materialidad discursiva

específicamente ligada al campo de la educación, pero atravesada por las condiciones políticas y económicas” (1998, p. 62).

Este discurso no es la expresión de un solo hablante, es una construcción histórico social en la que el hombre se sitúa; y en cuanto a su producción y a su circulación las mismas quedan sujetas a las vicisitudes de los poderes políticos de cada momento histórico (Emmanuele, 1998)

Por otro lado, el psicoanálisis entendido como un método psicoterapéutico basado en la investigación de las significaciones inconscientes del sujeto (Laplanche, 2013), se presenta como una práctica del campo psi distinta a las demás, ya que pone el énfasis en la palabra del sujeto más que en corregir las conductas. Asimismo, se opone al discurso médico hegemónico, propio de la institución salud, el cual surge para encauzar las conductas que se consideran anormales, y que rige en la mayoría de las prácticas que se llevan a cabo dentro de la institución educativa. Dichas prácticas tienen por finalidad corresponder con los ideales positivistas de normalización.

Por su parte, el psicoanálisis proporciona una nueva mirada para pensar la infancia, poniendo el acento en la singularidad del sujeto, corriéndose de estos paradigmas normativos. “Uno no se propondrá como meta limitar todas las peculiaridades humanas en favor de una normalidad esquemática, ni demandará que los analizados a fondo no registren pasiones ni puedan desarrollar conflictos internos de ninguna índole. El análisis debe crear las condiciones psicológicas más favorables para las funciones del yo (...)” (Freud, 1937, p. 251)

Es por esto que en el siguiente trabajo se pretende indagar los aportes que, desde el discurso psicoanalítico, se puede brindar al discurso pedagógico, con el propósito de generar una nueva mirada para trabajar con la infancia, lo cual posibilite intervenciones clínicas tendientes a considerar al niño en su singularidad y así correrse de los paradigmas normativos.

Objetivos

Objetivo general

Indagar los aportes que el psicoanálisis puede brindar al discurso pedagógico en el contexto de una institución educativa.

Objetivos específicos

Analizar los sistemas educativos y su surgimiento en lo relativo a su función disciplinaria y normativizante, regidos por el discurso pedagógico.

Describir las prácticas psi como modalidades de intervención correspondientes con el discurso médico hegemónico, el cual sigue un ideal de normatividad.

Plantear al psicoanálisis como práctica psi opositora al discurso médico hegemónico, con un método único y singular, donde la palabra y la escucha son las

Introducción

En el presente trabajo integrador final se pretende rastrear, a partir de la realización de una investigación bibliográfica, los aportes que desde el discurso psicoanalítico se pueden brindar a las instituciones educativas, con el fin de pensar intervenciones clínicas tendientes a considerar la singularidad de cada niño, corriéndose de los paradigmas normativos y homogeneizantes.

La relación entre psicoanálisis y educación se encuentra presente a lo largo de todo el escrito. Este tema reviste una importancia singular ya que, si bien hay vastos trabajos sobre esta temática, la misma está llena de aristas y posicionamientos diversos- muchas veces divergentes- por lo que se considera necesaria una revisión continua y actual.

En este sentido, se propone pensar en una posible relación entre educación y psicoanálisis que posibilite lugares de reflexión e interrogación. Se hace necesario posibilitar un diálogo entre ambos discursos para favorecer la escucha y la palabra del niño en su singularidad, ya que se considera a la educación como una de las tantas instituciones que intervienen en el devenir constitutivo de la sujeción social humana, y al psicoanálisis como el discurso que cuestiona con mayor radicalidad la visión vigilante de

las conductas del niño.

Con este fin, en el **Primer apartado** se analiza a la educación como una institución en su función normativizante y disciplinaria, considerando su surgimiento en las sociedades industriales y tras un ideal de positividad. Se parte de la idea de que existir como sujetos implica situarse en el mundo de la cultura, de las prácticas discursivas, y por ende compete a las diferentes instituciones (entre ellas la educación), transmitir creencias, leyes y normativas. En este sentido, la educación como una institución propia de las sociedades disciplinarias, cuenta con el discurso pedagógico como instrumento de control.

Por lo tanto, para llevar a cabo este análisis, se utiliza la categoría de discursos acuñada por Michael Foucault, entendidos como construcciones histórico sociales, los cuales se encuentran inmersos en la trama saber-poder-verdad. (Foucault, 1970)

Entre dichos discursos se encuentra el discurso pedagógico, correspondiente a la institución educación. Se trata de una categoría analizada por Elsa Emmanuele, quien describe al mismo como: "(...) una construcción histórico social propia de la institución educación, en cuyo vasto territorio y muy a pesar de la confluencia de las variadas disciplinas, la pedagogía se destaca por un poder hegemónico atravesado incesantemente por las contradicciones propias de toda práctica social." (1998, p. 68)

En el **Segundo apartado**, se describe el discurso médico como instrumento de control propio de la institución salud, que aparece para moldear aquellas conductas denominadas anormales y/o patológicas; es decir aquellas que se consideran inapropiadas para la sociedad disciplinar. Dicho discurso, también es descrito por la autora anteriormente mencionada como "(...) una compleja construcción que involucra desde la historia de las ciencias y de los conocimientos específicos hasta el suelo político social que los posibilita y engendra." (Emmanuele, 1998, p. 68) A su vez, el discurso médico entra en sintonía con el discurso pedagógico tras el surgimiento de distintas prácticas del campo psi, las cuales continúan con el modelo de disciplinamiento y control social.

Se plantea al psicoanálisis como práctica psi que se contrapone al discurso médico hegemónico, y que se diferencia de las demás prácticas dándole validez a la palabra del sujeto y estableciendo la escucha analítica como la técnica fundamental de su método. Se describe al psicoanálisis junto con sus herramientas fundamentales como una práctica única donde la palabra y la escucha ocupan el papel principal.

En el **Tercer apartado**, para concluir, se analiza la relación existente entre educación y psicoanálisis para dar lugar a una nueva mirada sobre dicha relación y se establecen los aportes que el psicoanálisis puede brindar al discurso pedagógico.

7

Así, desde la perspectiva psicoanalítica, se entiende al niño como un sujeto que se está constituyendo y que está en crecimiento, lo cual aporta una nueva mirada para trabajar con la infancia.

En este sentido es que se propone indagar, a partir del análisis de la institución educación y de las categorías de discursos hegemónicos, qué aportes puede brindar el psicoanálisis como práctica que aboga por la escucha singular, al discurso pedagógico, con el fin de repensar la infancia y generar posibles intervenciones futuras tendientes a considerar la singularidad de cada niño, corriéndose de los paradigmas hegemónicos y normativos.

En otros términos, se hace necesario, como psicólogos, posibilitar un diálogo entre los discursos pedagógicos y psicoanalíticos, al fin de pensar en otra práctica posible donde la palabra del sujeto sea escuchada en su singularidad, y no siguiendo una línea hegemónica, impuesta por un discurso.

I. La educación en su función normativizante y disciplinaria La educación como institución disciplinaria

Se considera a la educación como una institución ya que se la entiende como transmisora de leyes, normativas, valores y creencias.

Se puede definir a las instituciones, desde el punto de vista de los autores del movimiento institucional francés, como aquellos cuerpos normativos, jurídicos-culturales, compuestos de ideas, valores, creencias y leyes que determinan la forma de intercambio social. Dichos autores consideran a las instituciones como abstracciones, mientras que las organizaciones constituyen el sustento material, el lugar donde las instituciones se materializan y desde donde tienen efectos productores sobre los individuos. (Lapassade, 1980) Es decir, en términos generales, se puede considerar a la educación bajo el estatuto de institución en tanto que es productora de símbolos sociales y efecto de una

complejidad de instancias que se cruzan en el tejido propio de una formación social.

Por otro lado, la educación, además de cumplir con las funciones sociales de transmisión y preservación de la cultura propia de cada época, también es considerada por otros autores, como represiva y conservadora en la medida que es un instrumento de control y de reserva de lo cognoscible que asegura la supervivencia de la organización social. (Emmanuele, 1998)

Desde este punto, la educación es vista como una de las tantas instituciones que intervienen en el devenir constitutivo de la sujeción social humana. Es decir, considerando que la educación es un espacio social de confrontaciones entre fuerzas conflictivas diversas que pugnan unas por rupturas, movimientos e innovaciones y otras por la conservación de lo instituido, sería posible decir que esto dificulta la autonomía del sujeto y lo encauza dentro de una trama de saber-poder-verdad que es hegemónica.

Por otro lado, resulta necesario mencionar que los sistemas educativos cobran impulso a partir de la revolución industrial, y se consolidan a través del paradigma del positivismo. En la organización de estos sistemas educativos se requiere de un educador instaurado como soberano, dueño y poseedor absoluto de los conocimientos transmisibles. Por lo que desde sus inicios se vislumbra a la educación como un instrumento de orden y control social, ya que la transmisión de los saberes culturales acumulados permitía a los individuos prepararse para ser los ciudadanos requeridos por las sociedades capitalistas. Tal es así que la educación, junto con la salud, se constituyen en sus orígenes como las herramientas esenciales del orden y del progreso económico social.

La educación entonces, como campo de prácticas sociales y como una variable dependiente de la estructura económica social de la época en que se circunscribe, revela huellas ineludibles de una pedagogía que no admite descentramiento alguno del poder hegemónico. (Emmanuele, 1998)

Del mismo modo, si se piensa en la forma de distribución de los individuos en el orden escolar: hileras de alumnos en la clase y en los pasillos, alineamientos de los grupos de edad unos a continuación de los otros, sucesión de las materias enseñadas de las cuestiones tratadas según un orden de dificultad creciente; esto hace considerar a la escuela con una función más bien disciplinaria, entendiendo esta última como compuesta de distintos métodos que permiten el control minucioso de las operaciones del cuerpo que garantizan la sujeción constante de sus fuerzas e imponen una relación de docilidad utilidad. (Foucault, 1976)

Este orden impuesto tiene como función homogeneizar, por lo que se reducen las singularidades individuales, lo cual hace funcionar el espacio escolar como una máquina de aprender, pero también de vigilar, de jerarquizar, de recompensar.

9

La escuela entonces, como institución disciplinadora, adopta estos procedimientos de distribución disciplinaria, los cuales tienen que ver con el orden impuesto, con el manejo del tiempo, con el control de los gestos y del cuerpo, generando un cuerpo manipulado y encauzado por la autoridad.

Por otro lado, la escuela se materializa a través de los variados sistemas de enseñanzas existentes, los cuales adoptan formas singulares como las que Foucault denomina de discurso o doctrinas.

Estas sociedades de discurso tienen por función conservar o producir discursos, pero para hacerlos circular en un espacio cerrado, distribuyéndolos nada más de acuerdo a reglas estrictas.

Para Foucault, las doctrinas efectúan una doble sumisión: tanto de los sujetos que hablan a los discursos como la de los discursos al grupo de los individuos que hablan. Es

decir, estas doctrinas tienen un principio de control sobre la producción de discursos. (Foucault, 1970)

La educación, en este sentido, es concebida como un sistema de sumisión al discurso de una época, junto con el discurso médico y el discurso jurídico. Por lo tanto, por más que sea considerado el instrumento por el cual todo individuo puede acceder a cualquier tipo de discurso, en su distribución sigue los lineamientos que le vienen marcados por las oposiciones y las luchas sociales. Entonces, siguiendo a Foucault, podemos decir que “todo sistema de educación es una forma política de mantener o de modificar la adecuación de los discursos, con los saberes y los poderes que implican” (1970, p. 37)

El discurso específico de la educación, el cual Elsa Emmanuele nomina como discurso pedagógico, ha sido el vehículo de estos saberes y poderes hegemónicos dentro de la institución educativa.

El discurso pedagógico

El discurso, en términos generales, se puede definir como una construcción histórico social en cuya trama el hombre se sitúa. Todos somos hablados por un discurso ajeno. Incluso antes de poder hablar, somos hablados por otro que nos reconoce y resignifica. Nacemos insertos ya en una trama de relaciones, en una formación social y en una cultura que nos precede.

Por lo tanto, el discurso, lejos de ser la expresión de un solo hablante, es un espacio de exterioridad que trasciende la individualidad de sus verdaderos protagonistas, ya que su producción y su circulación quedan atadas a las vicisitudes de los poderes políticos en el devenir histórico. (Emmanuele, 1998)

Además, para entrar en el orden de un discurso y tomar posición en su compleja trama hay que cumplir ciertas expectativas que califican y autorizan para ello. Esto quiere decir que la discursividad está controlada, seleccionada y redistribuida socialmente a través de grandes procedimientos de exclusión, de control y de sumisión de los discursos que tienen que ver con asegurar la distribución de los sujetos que hablan a los diferentes tipos de discursos y la adecuación de los discursos a ciertas categorías de sujetos. (Foucault, 1970) Así, todo discurso define e instituye un conjunto de gestos, comportamientos, enunciados, efectos, conductas, etc. como cualidades que deben poseer sus hablantes.

En este marco el discurso, que se ha dado en llamar pedagógico, instauro competencias cognitivas y pragmáticas que interpelan a los seres humanos mediante modelos identificatorios con sujetos que poseen las condiciones necesarias, según el imaginario social, para acreditar un lugar en la organización laboral y en el aparato productivo social. (Emmanuele, 1998)

10

Este discurso pedagógico, como sostiene Emmanuele, remite a una compleja construcción histórico social, que, si bien tiene que ver con procesos discursivos de producción específicamente del campo de la educación, está atravesada por las condiciones políticas y económicas propias del contexto histórico social.

Como discurso social, el discurso pedagógico se construye sobre el mismo suelo político que desarrolla los condicionantes históricos epistemológicos del saber, por lo cual también vehiculiza la apropiación de otros discursos sociales.

Por ende, su producción, apropiación y circulación gira en torno a la ecuación de conocer-poder. Tal es así, que los sistemas educativos se han suscriptos como compendio de todo el saber existente, lo cual pone en circulación un discurso cuyo

procedimiento de control se legitima mediante los procesos educativos. Sin duda la posesión de determinados saberes y la transmisión de estos, conllevan una autorización reconocida para ejercer sobre otros determinados poderes.

Esta ecuación de saber-poder, que remite a una red de intrincadas relaciones microscópicas del poder, delimita en el devenir histórico los campos del conocimiento y define la hegemonía de los saberes y sus relaciones con los modelos vigentes de Verdad. (Emmanuele, 1998)

Así, los discursos, que emergen como efecto de ciertas condiciones de producción que tanto los explican como los sostienen, se anidan en una red de relaciones intrincadas con otros discursos sociales que enlazan las condiciones mismas de su producción.

En este sentido, la educación se instituye como instrumento de la normalización que fue requerida por las sociedades industriales. Con este fin, la pedagogía siguió las líneas de fuentes históricas como la inspiración filosófica, el predominio de la ciencia biológica, los modelos positivos de verdad, las vertientes sociológicas y psicológicas acordes, lo cual le ha permitido sostener la positividad de una práctica educativa que institucionaliza la transmisión de los saberes y su distribución.

El discurso pedagógico se desarrolla así, como un instrumento de control propio de la institución educativa en el que la trama de saber poder es el eje central. El control de la distribución de conocimientos, de los que se debe y se puede saber a través de los sistemas de enseñanza con su complementaria restricción de aquello que se prohíbe transmitir, ha estado presente a través de los años y ha sido motivo de luchas y enfrentamientos sociales.

A pesar de esto, el sistema educativo con sus procedimientos de control, propio de toda institución disciplinar, atraviesa aún las políticas educativas propias de la siempre renovada sociedad disciplinaria. El disciplinamiento no solo ordena y distribuye cuerpos e individuos, también agrupa y territorializa los campos de saberes, controla y selecciona la circulación de la materialidad discursiva mediante diversos procedimientos. (Emmanuele, 1998)

En síntesis, el ser humano antes de y para poder hablar es habitado por el lenguaje desde múltiples discursos sociales. Entre estos discursos, se encuentra el discurso pedagógico, el cual si bien es propio de la educación, está atravesado por distintas disciplinas y condicionado por la trama socio política de la época, lo que produce que dicho discurso este regido por el poder hegemónico y conduce a los niños hacia lugares de disciplinamiento, borrando las diferencias singulares y estableciendo conductas aptas que, en el imaginario social, se consideran normales y adecuadas para funcionar en la sociedad disciplinaria.

II. Las prácticas psi

El discurso médico

El concepto de discurso médico remite a una compleja construcción histórico social que involucra desde la historia de las ciencias y de los conocimientos específicos hasta el suelo político social que los posibilita y engendra. Como discurso social, su producción y su circulación está condicionada por los poderes políticos hegemónicos de determinada época. (Emmanuele, 1998)

Este discurso, propio de la institución salud, trasciende a sus múltiples hablantes. En el área de salud, si bien este es considerado un campo de convergencia disciplinar ya que recibe aportes de diversas ciencias, es la medicina biologicista quien marca allí la línea hegemónica, y esta línea no es sostenida únicamente por el personaje del médico. Las voces de dicho discurso son habladas por diversos actores sociales: políticos, investigadores, médicos, pacientes, trabajadores provenientes de otras disciplinas o simplemente habitantes de una población, oficiando de soporte o sostén de un discurso que los trasciende. (Emmanuele, 1998)

Por otra parte, el discurso médico, como instrumento de control propio de la institución salud, aparece para moldear aquellas conductas denominadas anormales, que se consideran inapropiadas para la sociedad disciplinar. En este sentido, el poder de este discurso radica justamente en dictaminar lo que se considera patológico ya que revela e instituye lo que es la normalidad.

Sobre esto, se desarrolla la figura del individuo a corregir, como uno de los antecedentes de lo que Foucault llamara los anormales. Este individuo, el cual posee conductas que, según la época, hay que corregir; está inmerso en el conflicto existente entre la familia y las distintas instituciones que la rodean. A partir de esto, comienzan a desarrollarse modalidades de intervención específicas con respecto a técnicas de domesticación y corrección, que tienen que ver con las técnicas pedagógicas, las técnicas de educación colectivas, de formación de aptitudes. (Foucault, 2007)

Así, el discurso médico entra en consonancia con el discurso pedagógico, propio de la institución educativa, tras la construcción de distintos dispositivos de intervención, que abogan por intervenir sobre esa anormalidad. Ambos discursos, se entrecruzan esbozando los diagramas de un campo psi, en el cual las prácticas sociales curar y enseñar se mezclan.

Este campo psi emerge de las entrañas del poder disciplinario, el cual se transporta mediante los diversos discursos sociales y da lugar a las disciplinas que se instauran como uno de los varios procedimientos de control de la discursividad. Dichas disciplinas imponen a las formulaciones y a los enunciados, determinadas exigencias que los califican y autorizan a entrar bajo vigilancia en el orden de su discurso. (Emmanuele, 2002)

En este marco, las disciplinas del campo psi, como la psicología, se comienzan a desarrollar a través de aportes al discurso médico hegemónico, lo que les da un lugar dentro de las ciencias positivas, en la cual se encuentra inserto dicho discurso. Esta epistemología positivista se sustenta en la regularidad de signos y síntomas observables sobre la superficie de lo individual.

En tanto, esta posición positivista ha marcado la emergencia de las prácticas psi como prácticas sociales en donde se anuda el discurso médico al discurso pedagógico, y de las que se desprenden distintas modalidades de intervención que tienen por objetivo corresponder con los ideales positivistas de normalización.

Estas modalidades de intervención tienen como protagonistas a todos esos agentes que aparecen para intervenir sobre esa anormalidad, y que, dentro de las sociedades disciplinarias, se les ha dado en llamar instancias de control social.

El gabinete psicopedagógico, como uno de estos dispositivos de intervención, continua con un modelo que porta los mandatos del disciplinamiento educador. Este gabinete se desarrolla siguiendo una línea de acciones que tienen que ver con un orden político: orientar, auxiliar, detectar, readaptar, asesorar, interpretar, observar, o prevenir.

En tanto dispositivos de intervención, se trata de acciones que pueden ser desarrolladas por cualquier solitario profesional del campo psi como también pueden ser acciones compartidas con otros profesionales: médicos, fonoaudiólogos, trabajadores

sociales, pedagogos, sociólogos. (Emmanuele, 2002)

Estas prácticas psi, que están inmersas y colaboran con el discurso médico hegemónico, no han podido desprenderse de las demandas políticas pedagógicas que marcaron su emergencia histórica. (Emmanuele, 2002)

El niño y sus conductas a corregir se presenta, entonces, como un objeto de intervención de todos estos agentes que aparecen para encauzar las conductas, ajustarlo a una normalidad correspondiente con la sociedad disciplinar y así vulnerar toda subjetividad singular.

Estas modalidades de intervención junto con los posicionamientos que implican, se hallan atravesadas por la especificidad del territorio de donde se interviene, y esta se define según la trama conceptual en la que se sitúen los objetos de educación y salud y sus respectivos correlatos discursivos: el discurso pedagógico y el discurso médico. (Emmanuele, 2002)

Educación y salud entonces, se las puede considerar como dos instituciones que garantizan la sujeción social que hace al devenir fundante del humano. Instituciones que son objetivadas desde múltiples discursos, saberes y prácticas que comparten la misión de disciplinar el cuerpo.

El psicoanálisis como escucha singular

El psicoanálisis si bien emerge de las entrañas del discurso médico de su época, lo hace con una intencionalidad opositora y contra hegemónica frente al orden psiquiátrico imperante; disciplina está que se ocupaba de los asuntos de la vida anímica de esa época, pero basándose en las condiciones físicas de las afecciones. (Emmanuele, 2002)

La medicina, como representante del conocimiento de la biología humana, se considera como la portadora del saber sobre los cuerpos y del poder de curar las diferentes enfermedades. Saber y poder se constituyen así en las bases del discurso médico, en tanto que se posee el conocimiento sobre el cuerpo del otro y el poder de inferir sobre él. (Emmanuele, 2002)

A partir del momento del surgimiento del psicoanálisis se introduce una manera diferente de ver al paciente y su padecimiento ya que permite entender los fenómenos humanos por fuera de componentes netamente biológicos.

El psicoanálisis se desarrolló a partir de analizar los procesos de la vida cotidiana, como los sueños, los actos fallidos, por medio de los cuales dio con los procesos considerados patológicos. De esta manera, se rompe con el esquema de la medicina hegemónica, quien tenía el poder de establecer lo que se consideraban conductas normales y anormales. Así, mucho de lo que se consideraba como patológico para la época, desde el psicoanálisis se descubrió que era parte del bagaje constitucional psíquico de todo ser humano.

En este sentido, se considera que el psicoanálisis efectúa una revolución copernicana ya que descentra radicalmente el psiquismo humano de la conciencia y de la conducta, al poner el foco en los procesos inconscientes. A partir de explicar los sueños y los síntomas neuróticos, Freud proporciona una comprensión acerca de cómo se instituye el psiquismo y, por ende, la subjetividad. (Emmanuele, 1998)

En cuanto a la práctica, se distingue de las demás prácticas psi en tanto pone énfasis en la palabra del sujeto, más que en corregir la conducta. En el análisis, el psicoanalista no hace más que entablar un diálogo con el paciente. (Freud, 1926)

En este sentido, se le pide al paciente que diga todo lo que se le viene a la mente sin oponer restricción alguna. Esta demanda de decirlo todo es el método de la

asociación libre, que se complementa con la técnica de la atención flotante por parte del analista, la cual consiste en no querer fijarse en nada en particular y en prestar a todo cuanto se escucha la misma atención. (Freud, 1912)

Así, la palabra se convierte en un poderoso instrumento mediante el cual el sujeto puede comunicar sus sentimientos, sus alegrías, sus dolores, y mediante el cual también se puede influir sobre ellos.

Por lo tanto, se les otorga otro sentido a los síntomas de los pacientes, distinto al que les daba la medicina tradicional y biologicista de la época. Estos ya no tienen que ver con cuestiones solamente físicas, incluidas dentro de un compendio de signos y síntomas que les permitía a los médicos categorizar estos padecimientos, sino con la historia singular del sujeto.

El síntoma, entonces, se relaciona con la palabra no dicha, y para acceder a la misma en la práctica psicoanalítica se utilizará la escucha como técnica, ya que se considera que el saber lo posee el paciente.

Esta escucha, como herramienta fundamental del método analítico, tiene que ver con una escucha singular del sujeto, donde se debe excluir todo tipo de generalizaciones, y en donde se debe prestar la misma atención parejamente flotante a todo cuanto se escucha. Se trata de un proceso complejo que requiere involucrarse activamente para poder asignar un sentido, para abrirse hacia un mundo interpretativo que permita comprender lo que para el sujeto representa lo que está relatando o simbolizando.

Por otra parte, otra herramienta fundamental que hace al psicoanálisis una práctica única es el fenómeno de la transferencia. Este término designa en psicoanálisis el proceso en virtud del cual los deseos inconscientes se actualizan sobre ciertos objetos y dentro de una relación especial, que es la relación analítica. (Laplanche, 2013) La transferencia es un fenómeno que se instala en todo tratamiento analítico por más que ninguna de las dos partes lo desee o lo provoque. El paciente en lugar de recordar, repite sobre la persona del psicoanalista, unas actitudes y mociones afectivas de su vida que pueden emplearse para resistirse a la cura. Se trata de una repetición de prototipos infantiles que es vivida con un marcado sentimiento de actualidad. (Freud, 1912) Dicha transferencia puede separarse en transferencia positiva de sentimientos tiernos de una negativa de sentimientos hostiles. A su vez, la positiva se descompone en la de sentimientos amistosos o tiernos que son susceptibles de conciencia, y la de sus persecuciones en lo inconsciente, los cuales se remontan a fuentes eróticas. (Freud, 1912)

La transferencia, si bien es un fenómeno que suele encontrarse en otros ámbitos por fuera del psicoanálisis, es este último quien le ha dado la validez e importancia que requiere y se ha servido de este hecho para lograr vencer las resistencias y alcanzar los lugares más ocultos del paciente y así poder llegar hasta la cura.

Por otro lado, el psicoanálisis también cuenta con otra herramienta que hace de esta práctica diferente a las demás, que es la abstinencia por parte del analista. Se trata de un principio según el cual la cura analítica debe ser dirigida de tal forma que el paciente no encuentre satisfacciones substitutivas de sus síntomas. Esta abstinencia implica, entonces para el analista, la norma de no satisfacer las demandas del paciente ni desempeñar los papeles que este tiende a imponerle. (Laplanche, 2013) Es decir, el analista no debe corresponder a los sentimientos del analizado ni tampoco debe ser transparente para el analizado, sino solo mostrar lo que le es mostrado como un espejo.

Esta frialdad de sentimientos que se le exige al analista crea las condiciones más ventajosas para la aplicación de este método, ya que, para el psicoanalista, en cuanto mantiene en reserva su propia vida afectiva y por lo tanto cuidada, puede ofrecerse al

paciente para socorrerlo sin que medien sus propias afecciones. (Freud,1912)

Estas herramientas, la escucha y atención flotante por parte del analista, la transferencia, la abstinencia; complementan la regla fundamental del psicoanálisis, de exhortar al paciente que comunique todo lo que se le viene a la mente y hacen del análisis una práctica única donde la palabra adquiere una fuerza transformadora, y en donde el sujeto es atendido en cuanto a su singularidad y no siguiendo una línea hegemónica.

El psicoanálisis, entonces, como una práctica que surge oponiéndose al discurso médico vigente, se evidencia como una práctica única y singular, donde la palabra y la escucha ocupan el papel principal y en donde la concepción de normatividad es dejada a un lado. Lejos de ser una práctica que realice intervenciones tendientes a encauzar la conducta según el paradigma del discurso médico y de homogeneizar las mismas borrando toda diferencia singular en favor de una normalidad esquemática, el psicoanálisis más bien aspira a lograr las condiciones psicológicas posibles para las funciones del yo. (Freud, 1926)

Es en este sentido que se plantea el interrogante sobre los aportes que el psicoanálisis pudiera brindar al discurso pedagógico, entendiendo este como un instrumento de control que homogeneiza las individualidades, y considerando al psicoanálisis como una práctica que prioriza la palabra del sujeto.

La relación entre psicoanálisis y educación data de una larga historia y ha sido una relación polémica y compleja.

Por un lado, esto se debe a que las tesis psicoanalíticas acerca del niño resultan antagónicas respecto de las tesis acerca del alumno que se postulaban en la etapa de fundación de los sistemas educativos. La escuela se fundó sosteniendo un mandato educador, la autoridad disciplinaria del maestro y la subordinación del mismo; mientras que el psicoanálisis impugna muchos de estos rasgos constitutivos de la educación. Con el psicoanálisis la conceptualización de la infancia se modifica completamente. Mientras la educación plantea un alumno dócil al cual pueda dominar, un niño que debe ser moldeado para que pueda convivir en su medio social; el psicoanálisis viene a plantear un niño luchando con sus pulsiones sexuales.

Por otro lado, también esta articulación polémica tiene que ver con que las huellas de la inscripción del psicoanálisis en el espacio educativo se vincularon con las disputas entre especialistas provenientes de distintas formaciones en torno a la intervención correspondiente o no en el espacio educativo. Estas disputas se relacionan con los perfiles profesionales, con la constitución de los campos y con la validación de los saberes acerca de la educación. (Carli, 1997)

Por otra parte, otro punto nodal en la relación de estas dos instituciones tiene que ver con que han sido consideradas por Freud como dos profesiones imposibles, junto con la política. Esto, según Freud, tenía que ver con que en estas profesiones se está de antemano seguro de que los resultados serán insatisfactorios. (Freud, 1937)

En lo que respecta a la educación, esta tiene la misión, por un lado, de transmitir al niño el desarrollo cultural propio de su sociedad, y también enseñarle al niño a dominar sus pulsiones. El niño tiene que asimilar, en un breve período de tiempo, los resultados de un desarrollo cultural que se extiende a través de milenios enteros; y de esto sólo una parte puede cumplirlo por medio de su propio desarrollo, el resto tiene que serle impuesto por la educación. Así, la educación tiene forzosamente que prohibir, inhibir, imponer, someter y dominar al niño para que se adapte a la sociedad disciplinaria. En consecuencia, la educación se haya entre el obstáculo de buscar un camino entre el dejar hacer y la prohibición. (Freud, 1932) Quizás en esto radica su imposibilidad, en la tensión entre transmitir al niño las instituciones de su cultura y dominar sus pulsiones y a la vez tratar de promover su autonomía.

La educación, como esta institución con función disciplinaria, surge con un ideal de normatividad que le impide ver la singularidad de cada niño. Así, desde los orígenes de la educación, se adopta un procedimiento de distribución que tiene que ver con el orden escolar impuesto, el control de los gestos y el manejo del tiempo; y que tiene como función homogeneizar borrando las singularidades individuales.

Por su parte, el psicoanálisis ha descubierto que en los primeros años infantiles ocurren los más grandes movimientos ya que se encuentra en estos años el primer esbozo de sexualidad, que contiene el germen de lo que será en la época de madurez. Además, en esta etapa se posee un yo inmaduro y débil, sobre el cual recaen las impresiones y actúan como traumas, y de esto el yo del niño no puede defenderse más que con la represión. Este desarrollo constitucional no se lleva a cabo de igual manera en todos los niños. Esto da cuenta que se trata de sujetos que se están constituyendo, que están en crecimiento, y que poseen una historia singular, propia e irrepetible.

La infancia sería concebida, desde este punto de vista, como el tiempo donde se instaura la sexualidad humana y en donde se produce la constitución de los grandes movimientos que organizan sus destinos en el interior del aparato psíquico, el cual se encuentra abierto a nuevas re significaciones y en vías de transformación hacia nuevos niveles de complejización posibles. (Bleichmar, 2009)

Desde el psicoanálisis entonces, como el discurso que cuestiona con mayor radicalidad la visión vigilante de las conductas del niño, se propone pensar en la importancia singular de cada niño, con su historia subjetiva, entendiéndolo como un sujeto en construcción, para propiciar una escucha que sea singular y que no esté condicionada por un discurso hegemónico, que normativice y no permita ver las singularidades.

Ya no se trata del niño que posee conductas que hay que corregir, sino de un niño que se encuentra entre el conflicto de la libre expansión de sus necesidades libidinales y las necesidades de integración a lo social que impone su grupo de referencia.

Así, la intervención psicoanalítica sobre el discurso pedagógico tendrá que ver con propuestas de subjetivación, teniendo en cuenta que la influencia educadora entraña muy diversas disposiciones constitucionales de manera que un mismo método no puede ser igualmente bueno para todos los niños. (Freud, 1932)

El psicoanálisis se propone, entonces, para brindar aportes en torno a cómo concebir la subjetividad de cada niño en torno a los objetos institucionales. Se abre un campo de aporte del psicoanálisis no sólo para atender a la lectura y a los problemas en el aprendizaje, sino también poder intervenir sobre los docentes y la institución en su conjunto, recordando las diferentes singularidades que allí entran en juego.

En este sentido, el lugar propuesto para el psicoanálisis en relación con la educación no sería como ciencia instructora sino desde un lugar de aporte de colaboración, a partir de sus conceptos fundamentales, tendiendo a hacer entrecruzamientos, promoviendo puntos de interrogación y reflexión, señalando ciertas condiciones y límites del proceso educativo en tanto se considere al sujeto en su singularidad.

Consideraciones finales

A lo largo del escrito, se considera a la educación en sus funciones normativizante y disciplinaria, sirviéndose de los discursos sociales hegemónicos para llevar a cabo estas funciones.

La educación, desde sus comienzos, es vista como productora de símbolos sociales y transmisora de leyes y creencias. Sin embargo, también se presenta como una institución que tiene por misión crear ciudadanos aptos para el imaginario social de determinada época, lo cual borra las singularidades. Esto hace que la educación se encuentre entre la tensión de transmitir al niño la cultura y dominar sus pulsiones, y a la vez favorecer su autonomía.

Asimismo, tras el análisis de las categorías de discurso pedagógico y discurso médico, se hacen presentes distintas modalidades de intervención que anudan dichos discursos y que no hacen sino perpetuar el modelo disciplinario educador, el cual se rige según un ideal de normatividad.

Es en este sentido que se presenta al psicoanálisis como el discurso que puede brindar aportes al discurso pedagógico, ya que se opone al discurso médico hegemónico y en donde la concepción de normatividad es dejada a un lado.

Así, luego de describir la práctica del psicoanálisis como práctica única y singular, donde la escucha analítica es la herramienta fundamental de su método, se llega a la conclusión que sería posible un diálogo entre el discurso psicoanalítico y el discurso pedagógico que aporte una nueva mirada para trabajar con la infancia.

Este diálogo entre ambos discursos abre un nuevo campo a partir del cual se pueden generar intervenciones futuras donde se interpele lo dicho por la institución, y se ponga el énfasis en la palabra singular del sujeto.

A su vez, desde la perspectiva psicoanalítica sostenida en este trabajo, se entiende al niño como un sujeto que se está constituyendo y que está en crecimiento. La infancia es concebida como un tiempo de desarrollo constitucional, donde se instaura la sexualidad humana y ocurren los grandes movimientos que organizan el aparato psíquico.

Se plantea al psicoanálisis entonces como un referente de reflexión en el ámbito educativo, para re pensar, cuestiones que tienen que ver con la singularidad de cada niño y que hacen al sujeto único. Este planteo tiene como finalidad dejar a un lado las prácticas que estén condicionadas por el discurso médico hegemónico, que normativicen y no permitan ver las singularidades propias de cada niño.

En efecto, resulta pertinente concluir que los aportes que el discurso psicoanalítico brinde al discurso pedagógico posibilitan una nueva mirada para trabajar con la infancia. A través del análisis de las distintas categorías presentes en este trabajo, quedo evidenciado que el psicoanálisis tiene mucho que aportar aún en el campo educativo. Asimismo, a partir de esto, se abre un nuevo campo de reflexión e interrogación entre educación y psicoanálisis en torno al abordaje de los padecimientos subjetivos actuales en la infancia que se evidencian y se visibilizan en las instituciones educativas. Esto habilita a pensar en intervenciones futuras tendientes a considerar al niño en su singularidad y favorecer la escucha y la palabra del niño, corriéndose de los paradigmas normativos.

Referencias Bibliográficas

- Emmanuele, E. (1998). *Educación, Salud, Discurso Pedagógico*. Ediciones Novedades Educativas, Buenos Aires.
- (2002) *Cartografía del campo psi*. Lugar Editorial, Buenos Aires
- Lapassade, G. (1980). *Socioanálisis y potencial humano*. Gedisa, Barcelona
- Foucault, M. (1970). *El orden del discurso*. Tuquets Editores, Barcelona
- (1976). *Vigilar y Castigar*. Siglo XXI Editores, Buenos Aires.
- (2007) *Los anormales*. Fondo de cultura económica, Buenos Aires.
- Freud, S. (1937) *Análisis Terminable e Interminable*. En: Obras Completas, Tomo XXIII Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1932) *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. 34° Conferencia. Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones*. En: Obras Completas, Tomo XXII Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1926) *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial*. En: Obras Completas, Tomo XX Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1912) *Sobre la dinámica de la transferencia*. En: Obras Completas, Tomo XII Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1912) *Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*. En: Obras Completas, Tomo II Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- (1912) *Conferencias de introducción al Psicoanálisis (Parte III): 19°*

Resistencia y Represión. En: Obras Completas, Tomo XVI Amorrortu Editores, Buenos Aires. -----(1913) *El interés por el psicoanálisis*. En: Obras Completas, Tomo XIII Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Carli, S. (1997) *Autonomía y transmisión cultural. Una aproximación histórica a la relación entre psicoanálisis y educación*. Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación, Año VI, N° 11, Buenos Aires

Bleichmar, S. (2009) *La fundación de lo inconsciente: Destinos de Pulsión, Destinos del Sujeto*. Amorrortu Editores, España.

Laplanche, J. (2013) *Diccionario de psicoanálisis*. Paidós, Buenos Aires.